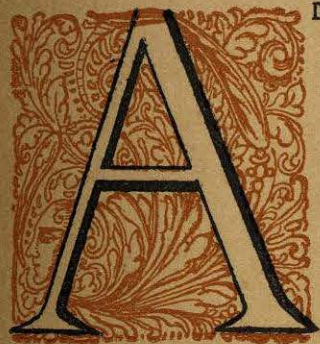


EL REGADÍO



EL REGADÍO

DORADA:



Te dejé . . . , y aquí me tienes, en estos lares que fueron de mis entepasados; tostado el rostro al sol, descuidado el vestir, casta mi vida y sana, cansado el cuerpo de tra-

bajo tanto por esos montes y aquellas sembraderas, sintiendo bueno el espíritu en medio a la beatitud de la Naturaleza, pero picado a diario en sueños y en meditaciones por la añoranza de tu persona.

La dicha sería completa si al mirar yo mis campos y mandar a mis labriegos, oyera tu voz a mi vera, o si al retorno del campo, en el portalón de

esta casona, «la doble senda perfumada de tus brazos me diera la bienvenida.»

Mis costumbres son éstas: me levanto un poquillo después que el sol, dado que por las noches, el libro, mi mejor amigo, no me deja dormir presto; en una gran tina de palo, factura de un artesano regional y con agua fría del manantial cercano al regato, me baño aceleradamente. ¡Qué frescura después y qué ligereza; qué sanos sentimientos y qué buenos pensares! A esa hora recuerdo más de mis padres amados, con agradecida veneración, por haberme dado vida tan fuerte y solar tan bello donde pasarla. Y soy más tuyo, y afiánzase de mí esta idea terca y misericordiosa: traerte conmigo para siempre, a esta tierra bendita, donde nacerían nuestros hijos. . .

Después, en este comedor que mira al monte, al río, a la vega y al peñascal lejano y desde el cual te escribo, saboreo desayuno delicioso: leche recién ordeñada, tan espesa, que se unta como aceite en el vaso cristalino, y un chocolate aromoso, digno de un arzobispo; pan de horno casero, a pasto, y como estrambote de tan rico alimento, una alta copa de agua limpiísima y fresca como las mañanas de estos contornos. Oportunamente listo tiéneme Fermín, mi mozo de estribo, el alazán

que habrá de llevarme al campo. Cálzome las espuelas, recojo y tanteo mi vara flexible y larga, monto ágilmente «al salir» de mi caballo, doy prostreras órdenes a la gente de la era, y picando al bruto los ijares con las mis espuelas de Amozoc, al campo enderezo mi cabalgadura, en fiel compañía del criado y del mayordomo o del administrador, que habrán de darme cuenta y razón de los quehaceres de las fincas.

Por este tiempo, Clara, la campiña está triste, sufre de sed y de frío. Las milpas sí que se miran hermosas en su majestuosa soledad. Los trigales levantan apenas una cuarta del suelo; sus penachos esmeraldinos, al impulso de los vientos, ya dan el claro oscuro de las vegas a los reflejos del sol. Las tierras que han de sembrarse de maíz se están regando.

¿Tú no has visto, reina, el riego en las labores?
¡Cosa más sugestiva y bella! . . .

Viene el agua de la presa por su canal largo, muy largo y estrecho, y, tras mucho caminar lentamente, lentamente (que remoja primero la tierra toda del cauce), llega como cansada y melancólica a la orilla de las milpas, cubierta la faz de lamas, pajas y guijarros. Allí la espera el regador, azadón al hombro, pie descalzo y calzón remangado;

cuando llega y surge a la libertad parece como si volviera a la vida: salta y se desliza, corre y bulle alegremente, riendo entre los terrones, escurriéndose por los agujeros de la tierra, burlando los obstáculos que le oponen las piedras, mojándolo todo, empapándolo todo y perdiéndose al fin en el seno de la Madre Naturaleza. Allá va a morir, para vivificar el grano que la espera con ansias de prolífica fecundación.

El regador debe ser ducho y diligente en el regadío, porque si no, el agua lo burla y se le va, se le esconde por donde puede, y a veces, victoriosa, torna al río para arribar al mar. Debe cuidarla, seguirla, acecharla, atajarla, para dirigir su corriente por donde habrá de mojar la sementera. En ciertos lugares debe pasar con ligereza; en otros, secos, deberá encharcarse; en los más, extenderse parejamente. Y el regador tiene por eso que conocer sabiamente los secretos del barbecho y las veleidades del agua.

Es preciso que madrugue para soltar el agua en la presa y que, a las veces, la vigile por la noche, y que a todas horas sus ojos avizores estén pendientes de aquella linfa que corre siempre, siempre, que brinca y se revuelve, buscando las laderas y los tajos.

Claro es que sin amor a la tierra no se la riega bien. Quererla es lo primero; haberla pisado en la infancia, laborado en la juventud, hollado siempre...

Los regadores de corazón, felices se sienten cuando tras largo y fuerte bregar, al sol las espaldas rendidas de cansera y en el agua los pies, maculados por las asperezas de la tierra, contemplan, tendiendo cerca y lejos su mirar, negro el barbecho y esponjoso por la humedad, que ha empapado la tierra toda con la bendita agua de la reproducción.

Yo he pasado, Clara mía, las horas muertas mirando el regadío, con los ojos fijos en las aguas que llegan y se pierden o se van... Con razón Víctor Hugo decía que sus más bellos éntretenimientos eran ver jugar a los niños y mirar correr el agua.

Además, algo de atávica afición muéveme a deleitarme en estas cosas. Cuéntanme que una mañana olvidó mi padre regresar a comer a la hacienda, tan sólo por estar mirando a sus peones regar la tierra.

Como hipnotizado estaba, con la vista al suelo, cuando llegaron a buscarlo, temiendo una desgracia. En el campo no hay labor más hermosa que la del regadío, decía mi padre...

Y es verdad, Clara; pero me faltas tú, para mirar contigo las cosas bellas, que la Naturaleza siéntese más espléndida si las manos de la amada señalan los parajes de encantos, y su acento cariñoso los diviniza con sus elogios.

Te añoro y te deseo, y hasta jurar podría que el monte murmura tu nombre, el río lo canta, y esta vetusta casa de mis mayores presiente tu llegada.

Beso tu alma.



EL BOSQUE
CANTA...



EL BOSQUE CANTA...



He venido a escribirte (dicho queda que a adorarte) bajo los añosos milenarios árboles del bosque. En la paz de la Naturaleza vengo a cantar mis inquietudes de amor.

Cuanto me rodea canta.

Cantan las frondas verdes la dicha del vivir jugoso y fuerte, mientras las hojas secas se van quejando dolientemente de su muerte, arrastradas por el viento. . . Canta el viento el himno de los bosques: atronador a veces como feroz rugido, acariciador otras como balar de corderillo o lloro de tórtola. . . Canta la tórtola, muy cerca, su cántico

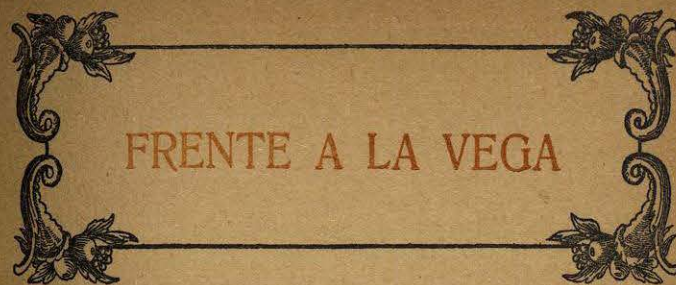
lejano y misterioso de recónditas melancolías, como si expresase todo el dolor de todas las aves... Cantan las aves, ora con notas de chocar de oro, o bien con trinos de cristal rompiente, ora con dulce chacotear de agua... Canta el agua transparente y murmuradora su perenne regocijo, al jugar, salpicando de diamantes los musgos y los pastos, y al besar, lamiendo con voluptuosa coquetería, las duras y rugosas cortezas de los viejos árboles del bosque...

Cantan los viejos árboles del bosque su larga vida y su lejana muerte, y el tesoro de secretos de parejas amorosas, que a sus umbrosos pies han llegado a besarse, huyendo de las gentes y escondiéndose del sol... Canta el sol en sus rayos centillantes la brillante fiesta de la vida buena, de la vida sana, del eterno amor... Y canta el amor dentro mi pecho tus encantos de mujer helénica, tus dolores de mártir orgullosa, tus sentires de amor, hondos y graves... ¡Canta tu merecida redención!

¡Todo me inspira amor, todo me habla de ti, todo me transporta a ti: pájaros y aromas, linfas y flores, frondas y ramas y sol!



FRENTE
A LA VEGA



FRENTE A LA VEGA



¿QUÉ linda está la vega! Si la vieras... Frente a ella te escribo. En toda la campiña hay una calma santa. El sol ilumina miríficamente el verde vivo de los trigos, y alegra las lomas yermas y escuetas por

el frío cruel de la invernada. Casi todo está seco, el pasto mustio, la llanada monótonamente amarillosa. ¡Sólo hay primavera en mi corazón!

En tanto, el paisaje adusto y severo evoca las cosas muertas, mi cuerpo y mi espíritu se alegran pensando en el festín maravilloso del regreso.

Hoy de mañana no he salido al campo, ni saldré por la tarde. Hace un viento furioso y frío

que el cuerpo no podría resistir sin enfermar; en las cimas del lomerío el aire parece que flagela el rostro. El árbol frontero a la era se balancea sin cesar con violencia inusitada; dan lástima sus ramas; parece que sufren con los azotes del viento. Las mujeres de los peones han cerrado las puertas de sus casuchas, y de los tejados sale el humo de las lumbradas.

Las milpas de «Tierra Prieta», que se extienden desde aquí abajo hasta las colinas de la frontera heredada, allá en sus confines se ven impasibles; pero acá, cerca, el maíz está constantemente inquieto, dando al aire sus espigas floridas que semejan penachos de ejércitos de dragones y sus anchas hojas que ondean como banderas.

Y mientras los peones trabajan en la escarda ateridos de frío... ¡Pobre gente!





REMEMORÁNDOTE
EN LOS TRIGALES

POCO después de haber llegado a la hacienda, salimos a caminar por la vega, que frente al comedor lleno de luz, donde te escribo, cubierta de un trigal que hace poco brotó, se esfuma en la lejanía.

En medio a la emoción constante, por la vereda andada en la niñez o el árbol viejo donde sacrificara tantos nidos, o el agreste paraje donde comiera con los míos, al calor del amor, o la peña donde derribé de un escopetazo a la lechuza de ojos de fogón; en medio a tan intensas vibraciones del espíritu, tu recuerdo amoroso y terco es como una ofrenda que llegara entre las auras purísimas de la llanada sin fin.

Deberías ayudarme a sobrellevar el dolor atroz que me espera, que se acerca, que me acecha, y así, oyendo tus palabras dulces, no percibiría el gorjeo perenne de los gorriones; sintiendo tus besos sedeños olvidaría el rumor del agua riente del regato; dejaría de contemplar de los barbechos el singular panorama iluminado pomposamente por el sol; del monte el sí-no de los pinares, que se aguzan en la punta para picar el cielo, y del establo los validos de las vacas, que parecen mugir en sus lamentos una tierna despedida.

Por la noche, rendido de cansera, maltrecho, como Don Quijote después de la aventura de los molinos, tropezando aquí y allá con los breñales del monte o con los brazos largos del madroño o del ocote, arrebuñado hasta las cejas, y un si es no es medroso de dar al traste con mi humanidad en algún barranco, pensaba en lo lejos que estamos y en lo cerca que deberíamos estar. ¿Por qué no naciste aquí, en el solar que tanto amo y que voy a dejar para siempre?

Lo siento como un axioma de mi alma: en el campo te recuerdo más que en la ciudad, donde el bullicio de las calles aturde y el negocio pendiente preocupa y el amigo distrae. En medio de la Naturaleza la paz del espíritu está con nos-

otros; se ensancha el alma al sentirse acariciada por el relente que arriba de los llanos y del monte. Hoy, más que nunca, quisiera tenerte a mi vera para entristecerme junto contigo, al dejar esta heredad para no volver a ella.

